

## *La vida como espectáculo fascinante*

**MARIO  
PARAJÓN**

**I**nútil resistirse al encuentro de la *Historia de una Taberna* que acaba de aparecer en la *Colección Austral* de Espasa-Calpe, en una reedición prologada por Andrés Amorós. Antonio Díaz Cañabate (1899-1980), crítico taurino, fumador de brevas, empedernido jugador de mus, amante como que el más de la torrija y el vaso de vino, goza de esta vida gracias a que ha nacido en Madrid, y a que vive en Madrid y a que se enamora en Madrid y a que se pasea por Madrid y a que charla por Madrid. Antonio sabe que Madrid no es la ciudad más bella del mundo y tampoco ignora que en su tiempo, el de las tres primeras cuartas partes de este siglo, la capital de España no es París ni Londres. Pero eso le importa poquísimo. Su amor de complacencia es uno de los más intensos que un escritor hispánico ha sentido.

Despertarse con buena salud, mirar por la ventana, encontrar el cielo azul y agradecerle a Dios el color de la bóveda, la posesión del piso, la altura de la ventana, el andar de la muchacha que corre por la calle y entre las manos lleva un mazo de acelgas húmedas, eso es complacerse con la realidad.

## LITERATURA

No es un amor que hoy esté de moda. Requiere la ingenuidad del que rechaza poco, dispone de tiempo y no se empeña demasiado en competir con los otros en la batalla de la vida.

En ese disponer de tiempo, en la renuncia al triunfo sonado y yo diría que sobre todo en un refinamiento que no se parece demasiado al de un discípulo de Proust, ni al de un caballero inglés, ni al de un hermano menor de Anatole France, reside la felicidad a la que Antonio Díaz Cañabate le sigue la pista. Un refinamiento que convive con la punta rota de un mantel en la taberna, que no le huye al tópico aunque le maquina una voltereta sutil y que entra y sale por el arco de lo popular dejándose de melindres. Sería cosa de estudiarlo a fondo si se tuviera el coraje de hacerlo prescindiendo de esquemas previos.

Y quedarías cojo ese estudio si le faltara lo imprescindible: considerar que Cañabate presenta en el friso de su historiada taberna, tres frentes de batalla: el de la taberna como escenario, el de la persona de Antonio Sánchez y el de la plaza de toros.

En la taberna el libro transcurre y el autor lo va describiendo paso a paso, sin perder detalle y sin que nada se le escape a su advertencia. Los frascos, los vasos, el agua, el color del vino, el cuarto del fondo, las puertas que son más anchas los días de fiesta, la alegría de las paredes el sábado por la tarde y los huevos fritos que recuerdan el traje

Bajar entonces las escaleras, tomar un café en el bar de la esquina, ir al parque o sentarse en un banco, fumarse un cigarrillo, cruzar la calle y ver cómo salen unas niñas de un colegio y con la misma llegar hasta un museo, mirar despaciosamente alguno que otro cuadro en un par de horas: eso es tomar posesión de la realidad gracias a ese amor de complacencia.

blanco de los toreros con sus costuras y sus levantamientos dorados. ¿Qué tiene la taberna? ¿Por qué es fascinante? ¿Por qué frecuentarla es una maravilla y por qué es superior a un bar y a un café? En el bar se corre el riesgo del artificio: puede entrarnos el deseo de llevar gafas oscuras o de usar camisas muy modernas para llamar la atención y recluarnos en una especie de concha. En el bar no hay solidaridad, no hay calor humano, no se pronuncia desde el corazón la palabra *nosotros*. El café posiblemente es mejor sitio para pasar la vida, pero allí el ritmo de la conversación es lento, hay quienes monologan y se escuchan, se acercan las moscas a los azucareros y de pronto se siente el paso del tiempo.

La taberna es muy superior, ya que es real e irreal; basta que entremos en ella para sentirnos intensamente amados y para percatarnos de su inofensiva embriaguez.

Este es el gran descubrimiento de Cañabate: a la vieja observación de ascetas y maestros espirituales que dejan constancia del fondo de vacío y desolación escondido bajo el cascabel de las diversiones, este costumbrista no parecido a Larra ni a Mesonero, le descubre a los tristes un arte de entretener su tiempo al hispánico modo, libre del vértigo de la nada que avizó Pascal en el salón de la familia Roannez.

Además Amorós nos introduce en la obra de Cañabate con una claridad y una figura realmente dignas de reconocimiento.

Gracias a su ensayo vemos en el costumbrista un afán casi desesperado por salvar lo que puede pasar inadvertido; y un poner especialísimo cuidado en el cultivo de “la charla, la comida, la bebida, las mujeres, los amigos”, pues todo se resume en esta máxima: *Ir conllevando las penas de la vida sin ofender a nadie y en paz con la conciencia*. Cañabate puede sortear el abismo de la diversión suicida gracias a muchas cosas, la menos

importante de las cuales no es la gran parcela de fascinación puesta por Gómez de la Serna en el semblante de la ciudad. Gracias al Madrid de Ramón, se mueve impunemente por la capital de España este crítico taurino, gran testigo de la manera de encontrarle a la vida un modesto resplandor de alegría cuando en todas las calles inmediatas a la taberna, y en la taberna misma, se intenta olvidar la guerra civil.

Arturo Pérez Reverte posee un cierto y peligroso poder de convicción. Envía un rayo de luz por una ventana, nos imaginamos que es una luz a lo Rembrandt; ilumina ella, detallándolas, las cicatrices del Capitán Alatraste y de paso también las de don Vicente de la Cruz. Por un instante nos sentimos tentados a pensar que ese rayo presente en la estancia, tiene algo de rayo inverosímil puesto por don Arturo para entretenerse enumerando las cicatrices de su capitán. Pero cuando estamos a punto de señalarle a su autor su picardía literaria, ya la escena, como los pistolones de Saladaña, ha penetrado en el recinto nuestro de albergar imágenes y somos entonces nosotros los que salimos trasquilados por pedantes. Así que triunfa don Arturo.

*Limpieza de sangre* (su última novela), editada por *Alfaguara*, con el escenario del Madrid de Felipe IV al fondo, entre soldados y mendigos diseminados cerca de las gradas de San Felipe o en las cercanías de la fuente de la Mariblanca, es de tan buen arcabuz como la anterior. Por lo

visto Pérez Reverte se ha propuesto infundirle valor a sus lectores, como si todos necesitásemos andar por el mundo igual que sus personajes por el Madrid de los Austrias. ¡Y a fe que ha dado en el clavo con una de las razones de la depresión contemporánea!

Pero este no es el único mérito de *Limpieza de sangre*. A mi juicio tiene otros muy dignos de ser destacados; el primero, por supuesto, el tremendo atractivo de la narración. Antes no era nada frecuente que se interrumpiera la lectura de un libro; ahora ocurre que los grandes voraces de la letra impresa necesitan de un esfuerzo descomunal para elegir lo que han de leer desde el bombardeo editorial y la excelencia de los títulos que se ofrecen. Lo que gusta del *Capitán Alatriste* es que se abre paso por entre la selva de lo que se exhibe. No hay manera de empezarlo a leer y dejar de leerlo.

Y ese poder de imantación no se debe al uso por parte de P. R. de todas las técnicas del *suspense*, cuyo empleo no desdeña tampoco y que presenta con frecuencia renovada. Se debe a lo que más le agradecemos: la calidad, la hondura, la sencillez y a la vez la complejidad de los personajes. Nos gusta convivir con el Capitán y verlo conservando todos los gestos de la que ha sido en otro tiempo su fe bajo la coraza glacial con que su instinto lo defiende y también forcejea por envejecerlo; nos encantan los momentos en que el ritmo de la prosa se remansa cuando se trata de

ofrecer la semblanza del

## LITERATURA

protagonista o de presentarnos un cuadro a la manera de un flamenco, a la de un tenebrista o a la del color local. Y experimentamos un placer muy vivo con las sorpresas verbales en las que aterrizan no pocas de las expresiones con las que el narrador salpica su relato.

Es forzoso concluir que para el hijo del antiguo amigo del

Capitán que narra la historia, “la vida es un espectáculo fascinante”.

Aparece el *Canto a mí mismo* de Walt Whitman en el *Círculo de Lectores* traducido por Borges. ¿Buena traducción? Traducción prestigiosa, personal, quizá un poco arbitraria y puede ser que no tan fiel ni tan clara como la de Mauro Armiño, hablando del cual vale la pena señalar la edición que ha hecho de *En las calles del Sur* (Austral, Espasa-Calpe). Cuenta muy bien la vida de Rosalía, aclara su concepción del amor y de la fe religiosa y finaliza por suscribir la opinión de Poullain sobre su condición de “precursora y revolucionaria”.

Y de la misma manera que los jóvenes poetas deben leer las cartas que Rilke le dirigió a uno de ellos, ahora se harán famosas las que Vargas Llosa le dirige a un aspirante a novelista (Ariel-Planeta). Lo mejor de lo que recomienda el ilustre Mario se halla por debajo de lo que formula: la necesaria, imprescindible humanización del escritor, la falta que hace la renovación diaria del asombro primigenio que sintió en su encuentro con el mal, fuera éste físico, moral o metafísico; y cómo el enemigo por excelencia del hombre que escribe —y tal vez de todos los hombres— es el embotamiento de la sensibilidad.